

# LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

N.º 392

25 Cts.

EB.



¿Quién  
era ella?

por  
Anita Stewart  
Huntly Gordon  
Gaston Glass

FilmoTeca  
de Catalunya

teoría de que todo delincuente ha de purgar su falta.

Actuando de acusador de Arnold, estaba completamente convencido de que lo mandaría a mejor vida, para castigo del pecado y ejemplo de los pecadores.

Sentóse en el sillón de los testigos un inspector de policía, y díjole Marshall:

—Declare al Jurado lo que vió usted cuando hizo irrupción en la habitación donde detuvo al procesado.

El inspector declaró de cara a la verdad, terminando así:

—... y el procesado estaba de pie junto al asesinado.

José Arnold, víctima de la fatalidad, sufría intensamente ante el cúmulo de circunstancias que le acusaban sin esperanza de salvación.

Hundida su cabeza entre sus manos, parecía lejano del Tribunal, como si la muerte empezara a atraerlo hacia su silencioso reino...

Walter Palmer, íntimo amigo de Arnold y abogado, ponía todo su conato en libertar de la tupida red de las apariencias al acusado.

Palmer sabía que su amigo no era culpable del asesinato de Cooper, aunque desconocía quién lo había matado y quién era la dama que estuvo con Arnold la noche trágica.

El fiscal continuó su interrogatorio al inspector de policía.

—Cuando usted entró en la habitación, la mujer que acompañaba al procesado, había desaparecido, ¿no es cierto?



—Sí...

El abogado defensor protestó, dirigiéndose a su renombrado contrincante en el foro:

—Si el testigo no vió a ninguna mujer, ¿por qué afirma que había allí una?

El fiscal repuso, resueltamente:

—Se sabe positivamente que el procesado cenó con una mujer.

Fué llamado a declarar otro testigo, un camarero, quien dijo:

—Yo vi a esa mujer. Vestía un largo traje negro y su rostro desaparecía bajo una máscara blanca.

El fiscal sonrió. Su triunfo era cada vez más sólido; y mientras Walter se desesperaba interiormente en vista de las abrumadoras acusaciones que condenaban a Arnold, añadió el acusador:

—Si el procesado fuese inocente, como así lo asegura, no persistiría en su fatal empeño de dejar en el misterio a la dama enmascarada.

Arnold callaba. Nunca, por mil muertes que le dieran, pronunciaría el nombre de su pareja en la fiesta de la noche en que el Destino, inconsciente, cruel, le jugó la mala partida de situarlo junto a un hombre que acababa de ser asesinado.

Entre el público se hallaban numerosas amistades del acusado. Ninguna de ellas creía en la culpabilidad de Arnold y todas le admiraban por su noble comportamiento silenciando el nombre de la mujer de la máscara blanca...

Alicia Palmer, hermana del abogado defensor y profundamente enamorada de Arnold, era la

que vislumbraba con más pesar que nadie, la condena del inocente.

Acaso estuviera persuadida de quién podía ser la mujer que acompañaba al acusado aquella noche fatal, y lejos de sentir celos, elogiaba con toda su alma la caballeresca conducta del amado, a pesar de que su empeño en no salirse de ella lo llevaría a la más terrible pena.

Palmer, convencido de que todo era ya inútil para salvar a su patrocinado y buen amigo, se vió obligado a decir a éste, dejando en sus manos su propia salvación, puesto que las habilidades de la defensa se estrellaban contra el fárrago de declaraciones condenatorias:

—Estamos perdidos si te empeñas en ocultar quién era ella.

¡Tan fácil como hubiera sido salvarse! ¡Bastaba con decir un nombre, y luego, tomar declaración a la dama de tal nombre!

La deposición de la dama misteriosa hubiese sido idéntica a la de Arnold, ya que éste no faltó a la verdad en ningún momento; y como la realidad de los hechos demostraba rotundamente que Arnold no había tenido la menor intervención en el asesinato de Cooper, su absolución era segura.

Pero declarando el nombre de la mujer, no delataba a la culpable de la muerte de Cooper, no; sino que comprometía el honor de una dama digna de la estimación de la sociedad.

¿Quién había matado a Cooper?

Eso no lo sabía ni podía figurárselo Arnold. Aparte de que le vió caer a sus pies, cuando

abrió la puerta de un comedor donde cenó con la dama enmascarada, no sabía nada más que cerró la puerta al ver que un camarero le estaba contemplando mientras se preguntaba qué significaba aquello, y que, después, llegó a la habitación un inspector de policía; pero, habiendo reaccionado ya, Arnold pudo proteger la huída de la dama del antifaz, para que no estuviera sujeta a las molestias y suspicacias de la justicia...

La declaración del camarero que vió a Arnold inclinado hacia el cuerpo sin vida de Cooper, era la más interesante. Por tal motivo díjole el fiscal:

—Informe detalladamente al Jurado de lo que vió la noche de autos.

El camarero juró decir la verdad y comenzó su interesante deposición.

“Aquella noche se celebraba el baile de Año Nuevo. El servía a la clientela que ocupaba los reservados del primer piso del *concert*. Una de las parejas eran José Arnold y la dama de largo vestido negro y rostro tapado. En el pasillo, un hombre, Wesley Cooper, le preguntó el número del comedor particular ocupado por Arnold, y, seducido por la propina que le ofrecía, no se negó a dárselo. Un poco después, al volver de la cocina, para entrar una cena en un reservado inmediato al de Arnold, vió que la puerta del comedor de éste estaba entreabierta, miró hacia el interior y vió a Arnold examinando a Cooper, que no daba señales de vida. Pero Arnold se dió cuenta de que él lo estaba mirando, y cerró bruscamente la puerta. Eso era todo”.

El fiscal, frotándose las manos con evidentes muestras de satisfacción, dijo al Jurado:

—¡Ya lo han oído ustedes! La mujer que estaba con el procesado lo vió todo. Por lo tanto, ¡es su cómplice!

El Jurado debía rendirse a la lógica: Arnold era el asesino, y si ocultaba a la dama enmascarada, era para que no hubiese dos condenados a muerte.

El Jurado disponíase a ir a deliberar, cuando abrióse misteriosamente la puerta por donde aparecían los testigos.

Las miradas de los espectadores y de la Sala convergieron en dicha puerta, y no vieron a nadie hasta después de varios segundos de extraordinaria ansiedad.

¿Quién había abierto aquella puerta?

Era una mujer, a juzgar por sus vestidos. Alta, delgada, con un largo vestido negro y el rostro cubierto con una máscara blanca, y rematando el disfraz, una enhiesta cofia negra ocultaba su pelo, por lo que era imposible reconocerla de guisa tan misteriosa.

Se produjo un rumor de expectación al verla, y el camarero, que seguía sentado en el sillón de los testigos, exclamó:

—¡Esta es ella!

La máscara avanzó hacia el Tribunal, se extinguió el rumor del público, para dar paso al más religioso silencio, a fin de no perder detalle de la escena que iba a desarrollarse con motivo de la inesperada llegada de la misteriosa mujer, y Arnold se puso a temblar.

¿Por qué se presentaba aquella mujer? ¿No comprendía la gran locura que estaba cometiendo?

Palmer, que deseaba ante todo la salvación de su amigo, aconsejó a éste que dejase en libertad de acción a aquella mujer, obligándole a reprimir su ademán de impedir que ella hablase.

El juez, ante la expectación general, preguntó a la dama enmascarada:

—¿Ha venido usted a probar la inocencia del señor Arnold?

La máscara hizo un gesto afirmativo con la cabeza.

Entonces el fiscal exclamó, desagradablemente sorprendido por el cariz que tomaba el asunto:

—¡Me permito objetar que esto no es un baile de disfraces, sino un Tribunal!

A lo que, muy humano, considerando que poderosos motivos llevaban a la misteriosa mujer a obrar de aquel modo, repuso el juez:

—Pero es también una corte de justicia.

Acto seguido, reinando en la sala y en el público el más religioso silencio, continuó el juez:

—Jure la testigo.

La dama juró solemnemente, y, cumplido este requisito judicial, el presidente de la Sala preguntó:

—¿Cómo se llama usted?

La máscara pidió con el gesto un papel y pluma para contestar al juez, y, proporcionándosele por orden de éste una y otra cosa, escribió algo en la blanca hoja.

Arnold, no pudiendo resistir más los impulsos

de su conciencia, levantóse del banquillo, a pesar de los esfuerzos que hizo su abogado para impedirlo, y gritó:

—Suplico que no se moleste a esa dama. ¡Yo confesaré!

¿Qué se proponía hacer? ¿Perdese irremisiblemente, acusándose, por el honor de una mujer, de un crimen que no había cometido?

El abogado se desesperaba, y, a su vez, desesperóse también el procesado, al ver que la dama entregaba el papel escrito al juez.

¡Todo estaba perdido! ¡Su heroico comportamiento no servía para nada, puesto que la mujer por cuya honra él callaba, prefiriendo la muerte a comprometerla en lo más mínimo, revelaba su personalidad a la justicia!

El fiscal miraba con ojos inquisitivos al juez, pero éste ocultando el asombro que le causó el escrito de la inesperada testigo, no le dejó entrever siquiera la gravedad de la declaración...

¿Qué decía aquel papel, tan misterioso como la máscara que lo había escrito?

No figuraba en él más que dos palabras... el nombre de una mujer... pero que significaba toda una historia arrancada del libro de la vida... historia que empezó unos meses antes en el hogar del abogado Palmer.

Escuchadla:

"José Arnold regresaba de un viaje de recreo por Europa. Hijo de buena familia, no había para él más bello deporte que el conquistar a las mujeres, entre las que gozaba de marcado favor, por sus conocimientos mundanos.

"Una de las familias que le recibían con más simpatía eran los Palmer, hermano y hermana, principalmente ésta, que añadía a la simpatía, amor."

"Al franquear la puerta de la casa el criado, Arnold detuvo a éste en su intento de ir a comunicar su presencia, diciéndole, sonriente:

"—No me anuncie usted. Me creen aún en Europa y quiero ver la cara que ponen al verme.

"Se introdujo en los salones, como Pedro por su casa, y al llegar a un saloncito reservado sorprendió a una pareja haciéndose mimos. Dicha pareja la componían Diana Warren y Wesley Cooper.

"Diana era bonita y rica, y Wesley Cooper, a pesar de su apariencia de bobo, demostraba que no lo era, pues contrayendo compromiso matrimonial con Diana, se aseguraba una bella mujer... y con ella su dinero, que no era poco."

"Diana vió a Arnold y le sonrió con toda su alma. Le gustaba el empedernido conquistador y de buena gana lo aceptaría como prometido, casando con él cuando tuviera a bien disponer de la boda."

"Arnold veía en la rubia Diana un pasatiempo muy interesante, y como el novio estaba de espaldas a él, aprovechó la circunstancia para besar lindamente a la novia, que devolvió el beso con creces."

"Cooper no se enteró de nada, y mientras éste seguía en la luna, Arnold llegó al salón donde estaban reunidos los invitados a la reunión de aquel día de los Palmer."

"Se le tributó una acogida cordial."

"Todas las mujeres, solteras y a cual más adorable, le echaron los brazos al cuello y acariciaron sus mejillas con cariñosos besos, como se besa a un ser muy querido al que se ve después de larga ausencia."

"La hermana del abogado Palmer, la cual, como sabemos, no podía disimular su amor hacia Ar-



*Se le tributó una acogida cordial.*

nold, le besó con más fuego que sus amigas; y los caballeros envidiaban al afortunado, pues no faltaba quien ardía en el ansia de obtener una caricia parecida a las que él había recibido, de alguna de aquellas vehementes solteras."

"Alicia Palmer ofreció una copita de licor al recién llegado, y éste brindó, besándolas a todas de nuevo, pero esta vez con la mirada:

"—¡Por las niñas bonitas!

"Todos corearon su brindis, y Palmer, que se derretía de celos, cogió a su hermana y la besó con fuego.

"Alicia le miró con sorpresa, que compartieron los demás, y Palmer explicó su acción, así, dirigiéndose a Arnold:

"—He besado a mi hermana, como si me fuera de viaje, para volver en seguida y reclamar un beso de todas sus amigas... como lo han hecho contigo.

"Y las carcajadas fueron generales.

"Las mujeres rodearon a Arnold, para que les contara sus aventuras de viaje, y las horas pasaron alegremente para las damas... y llenas de envidia en lo que respecta a los caballeros".

\* \* \*

"Para algunas mujeres el matrimonio es el umbral de una senda risueña; para Florencia Marshall fué puerta de hierro conventual.

"En efecto, desde que casó con el fiscal Marshall, Florencia se agostaba en su casa — celda de oro—como una flor en un jarrón de Sèvres.

"La constante preocupación del fiscal por sus múltiples asuntos, sometía a cierta esclavitud a la joven esposa, cuyo temperamento se avenía con violencia a la soledad.

"Arnold, apenas llegado de Europa, pensó en



*...para Florencia fué puerta de hierro conventual.*

Florencia, su gentil amiga de siempre y a la que vió, con dolor, contraer matrimonio con Marshall.

"Hablando de ella con su amigo Palmer, suplicó

a éste la invitase a su fiesta, y el abogado no vaciló en complacerle, llamando a Florencia por teléfono.

"La esposa sin alegría se puso personalmente en el aparato, y fué casual, pues se hallaba, en aquellos momentos, en compañía de su marido, quien estaba examinando unos papeles a idéntica distancia que ella del teléfono.

"—¿Quién es? — preguntó.

"—Oiga... aquí, Palmer... ¿Cómo está usted, Florencia?

"—¡Ah! ¿Es usted? Bien, amigo Palmer, bien... ¿Y Alicia?

"—Con nuestros invitados, porque hoy, como todos los viernes, estamos de fiesta.

"—Me alegro... y envidio su buen humor.

"—¿Por qué no viene usted? Mi hermana y yo, así como otra persona que la aprecia a usted mucho, celebraríamos verla en nuestra reunión de esta tarde...

"—Me es imposible ir, Palmer. Estoy con mi marido y ya sabe usted lo enemigo que es del bullicio. Pero, dígame, ¿quién es esa persona a que ha hecho usted alusión?

" Palmer hizo un guiño a Arnold y le cedió el auricular, diciéndole en voz baja:

"—Florencia pregunta quién eres.

" Arnold, risueño, silbó en el aparato, y presentóse.

"—Soy Arnold... ¿Qué tal, Florencia?

"—¿De vuelta ya, amigo mío?

"—Ya lo ve usted, digo, ya lo oye usted, encantadora amigueta.

"—Siempre tan inquieto... y tan galante...

"—¿Cómo no iba a serlo con usted?

"—Muchas gracias...

"—Venga usted... ¡tengo tantos deseos de verla!

"Florencia había dicho a Palmer que no podía ir, sin consultar la opinión de Marshall, pero animada por la invitación personal de Arnold, contestóle:

"—Voy a decírselo a mi marido.

"Dejó el aparato y fué al encuentro del fiscal.

"—¿Quieres que vayamos a casa de los Palmer un rato? — le propuso con súplica en la voz.

"Sin levantar apenas la vista de sus papeles, Marshall replicó:

"—No puedo dejar mi trabajo.

"Pero ella insistió:

"—Me gustaría ir. ¿Te parece bien que Arnold venga a recogerme?

"—No... De ningún modo... Prefiero que no te apartes de mi lado cuando estoy en casa.

"Disgustada interiormente, Florencia volvió a ponerse en el aparato y contestó a Arnold:

"—Lo siento, pero Jaime está muy ocupado.

"—¡Qué fastidio! — exclamó Arnold.—¿Cuándo nos veremos, pues?

"—No sé...

"Marshall acercóse a su mujer, para que abreviase la conversación con Arnold, y a fin de que su marido no pudiese oír las quejas que formulaba el galanteador, Florencia cortó la comunicación, despidiéndose un tanto brusca.

"Arnold comprendió y dedicó a Marshall algunas frases que no eran de lisonja precisamente...

"Y cuando Florencia hubo colgado el receptor, díjole el fiscal:

"—Vuelvo a repetirte que no me gustan tus amigos.

"—Los juzgas sin conocerles.

"—Conozco lo suficiente a Arnold para disgustarme que lo trates.

"Florencia optó por callar, y las horas se deslizaron en el hogar sin alegría, con una monotonía aplastante.

\* \* \*

"Al día siguiente, el juez del distrito comentaba con Marshall el artículo que publicaban los periódicos y cuyas titulares decían lo siguiente:

*El gobernador censurado por el fiscal por los indultos concedidos a los convictos.*

*Jaime Marshall confirma su fe en la rehabilitación de los delincuentes que cumplen la sentencia dictada por el tribunal que los juzgó.*

"El juez se mostraba partidario de la teoría de indulgencia del gobernador, pero Marshall replicó, consecuente con sus ideas:

"—Ser o no ser, querido juez. La sociedad reclama castigos ejemplares, para evitar delitos.

"En tanto, en su casa, Florencia se ponía al habla por hilo con Alicia Palmer.

"—Lamento no haber podido ir a verte ayer, Alicia.

"—¿Por qué no vienes ahora? — le respondió Alicia, tentándola —. Han llegado algunas amigas y estamos jugando al bridge.

"—Bueno, pero sólo por una hora, porque no quisiera que Jaime no me encontrase en casa al regresar de la Audiencia.

"Y Florencia fué a casa de Alicia, pero dió la casualidad de que Arnold fuese también a ella, con la consiguiente alegría para Diana y Alicia.

"Al ver a Florencia, Arnold olvidóse instantáneamente de las demás mujeres, y, para hablar a solas con ella, se alejó, de su brazo, hacia el jardín.

"Alicia dijo a Florencia, para evitar que Arnold desapareciese del salón:

"—¿No quieres unirme a la partida de bridge? Arnold contestó por su bella amiga:

"—Hace un tiempo tan espléndido... que no hay juego comparable a un paseo por el jardín...

"Y se fueron..

"Marshall regresó a su casa antes que de ordinario. Había una razón para ello y era la de que tenía que partir de viaje.

"—Prepare mis cosas. Debo ausentarme esta noche de la ciudad — manifestó a su criado.

"Al darse cuenta de que Florencia no estaba en el hogar, preguntó por ella al fámulo, y éste, sin adivinar la torpeza que cometía, repuso:

"—La señora ha ido a visitar a la señorita Palmer.

"—¿Cómo?—no pudo menos de decir el severo esposo.

"—La llamó por teléfono y salió seguidamente.

"El primer impulso de Marshall fué llamar a casa de los Palmer, para, requiriendo a Florencia en el aparato, exigirle que volviese sin demora; mas, serenándose, cambió de opinión...



*Marshall acercóse a su mujer...*

"Ajenos al enojo del marido, Arnold y Florencia hablaban sin testigos en el jardín de los Palmer.

"—¿Te acuerdas, Florencia, de los paseos que dábamos juntos cuando tu corazón buscaba dueño?

"—Sí, Arnold... pero eso está ya muy lejos...

"—Yo acariciaba la ilusión de que te casarías conmigo...

"—Tú no sirves para hombre casado, Arnold, bien lo sabes... Te gustan las mujeres como a los niños los juguetes nuevos...

"—Siempre te amé y te amaré siempre, Florencia, como sólo se ama una vez.

"—Te prohíbo que me hables de amor, Arnold... Marshall es mi marido, y, aunque no sabe comprenderme, le debo cariño y respeto...

"—Tú mereces ser feliz, y si esa felicidad puedes hallarla en otro hombre, haces mal en tolerar a Marshall.

"—Esa felicidad de que tú me hablas, quizá me la dé mi marido algún día... y espero resignadamente. El valor de callar merece un premio, creo yo.

"—Pero, en la espera, conoces la amargura, sin que tengas la seguridad de obtener el premio a que te refieres...

"—Me quedará el consuelo de haber sabido esperar.

"—Afortunadamente no sientes lo que dices. Lo que debes hacer es sacudirte la tiranía en que vives.

"En aquellos momentos llegaba Marshall a casa de los Palmer. Había resuelto ir a buscar él mismo a Florencia.

"Al verle, Alicia y sus amigas temieron que se produjera un incidente desagradable.

"—¿Ha visto usted a mi mujer? — preguntó el fiscal a Alicia, buscando con la mirada a Florencia.

"Para evitar que Marshall viese a Arnold con Florencia, Alicia llamó a un criado y le ordenó, con doble intención:

"—La señora Marshall está en el jardín. Vaya a decirle que su esposo acaba de llegar.

"Pero a pesar de la discreción con que obró Alicia, Marshall se colocó ante una ventana y a



—*Te prohibo que me hables de amor, Arnold*

través de los cristales de la misma inspeccionó el jardín, descubriendo a su mujer en equívoca plática con Arnold.

"Florencia, desagradablemente sorprendida al serle anunciada la llegada de su esposo, interrumpió

su conversación con Arnold, y, seguida de éste, entró en la casa.

"Arnold ofreció la mano al fiscal, pero éste, negándose a ofrecerle la suya, dijo secamente a su mujer:

"—He venido a buscarte para llevarte a casa.

"Y añadió, mientras todos le miraban con intranquilidad:

"—Supongo que el señor Arnold no se opondrá a que nos marchemos en seguida.

"Arnold sintióse ofendido, y, enfrentándose resueltamente al celoso, le dijo:

"—No comprendo sus palabras... y le pido una explicación.

"—Muy sencillo: no quiero ver a mi mujer en su compañía.

"La ofensa era categórica, y dejándose llevar de su indignación, Arnold arrojó al rostro de Marshall el contenido de una copa que acababa de ofrecerle Alicia.

"El severo esposo sintió la tentación de contestar a la grosería de Arnold, pero por respeto al lugar y a las damas allí presentes, cogió a Florencia por un brazo y alejóse después de dirigir un cortés saludo a las señoras.

"La bravata de Arnold hizo crecer en Diana su admiración por él. Tanto fué así que, rompiendo su compromiso con Cooper, pues comprendía que todo su amor lo tenía Arnold, dijo a éste, después de besarle con pasión:

"—¿Quiere usted acompañarme esta noche al baile de Año Nuevo, Arnold?

"Pero el galán, disgustado por lo ocurrido con

el marido de Florencia, declinó el honor, disculpándose de esta suerte:

"—Me pesa no poderle ser grato, Diana... Esta noche no pienso salir.

"Llegados los esposos a su hogar, se desató la tempestad que se desarrollaba en el pecho de Florencia:



*La ofensa era categórica...*

"—Tu conducta con mis amigos me humilla y creo estar en mi derecho protestando contra ella...

"—Ciertas amistades son peligrosas...

"—¿Supones que fui a casa de Alicia para ver a Arnold?

"—Es posible...

"—Me casé contigo por amor y pareces empeñado en que dude del tuyo.

"—No hablemos más de ese asunto, querida, y ocupémonos de lo realmente nuestro... Un asunto urgente me reclama fuera de la ciudad y no regresaré hasta mañana.

"—¿Te marchas, dices? Pero, Jaime, ¿es posible que me dejes sola la noche de Año Nuevo?

"—La obligación, hija mía, me impide el goce de pasar la velada juntos.

"Y Marshall partió, dejando en un mar de dudas a la olvidada esposa".

"William Cooper se daba a todos los demonios por la ruptura, por Diana, de su compromiso matrimonial. ¡Adiós espléndida dote! Y su furor arreció al recibir la siguiente nota:

*Al romper nuestro compromiso anulé también el de ir con usted al baile de fin de año. Inútil molestarse.*

*Diana*

"Aquello no podía quedar así. Vería a toda costa a Diana, y trataría de reconciliarse con ella. Fácil le sería hallarla, pues suponía que estaría en el baile con Arnold. Sus razones tenía para sospecharlo...

"Simultáneamente, Arnold recibía, bajo sobre, entregado por mensajero, medio naipe de juego francés, en el que había estas palabras:

*Noche de  
Noche de*

*Nos veremos en  
el baile*

"Intrigado, preguntándose quién podía ser la mujer que le citaba en el baile de modo tan original, determinóse a ir al baile y se vistió rápidamente, para ir al momento, pues era ya la hora.

"Un poco después de haber recibido la nota de Diana, Cooper pasó por la necesidad de atender a un visitante tan inesperado como importuno. Era un infeliz, recién salido de la cárcel, que tenía una cuenta con él.

"El paria comentó con rencor:

"—La opulencia en que vives te ha hecho olvidar al que purgaba en la cárcel un delito cometido a medias.

"Era necesario fingir, y díjole Cooper:

"—Si para aquel "negocio" nos pusimos de acuerdo, lo mismo sucederá en el reparto de los beneficios.

"—Bien.. Pero quiero la "liquidación" esta misma noche, antes de las doce, para que el Año Nuevo me encuentre convertido en otro hombre.

"—Sí, hombre... todo se arreglará...

"El criado de Cooper entró en el salón y, a una

orden de Cooper, apoderóse del licenciado de presidio y lo arrojó a la calle como un pelele.

"Así trataba Cooper a los que le molestaban.

"Y en el silencio de la noche se oyó este juramento:

"—¡Me la pagarás, granuja!

*... \* \* \**

"¡Año Nuevo! Pretexto para que la gente se libre sin freno a toda clase de excesos...

"El baile de disfraces hervía de animación.

"Hallábase ya en él Arnold, buscando a la poseedora de la otra mitad del naipe francés, que era el dos de corazón.

"De pronto, apareció en la escalinata de la amplia sala una máscara extremadamente original, vistiendo un largo traje negro y ostentando en la bocamanga el complemento del naipe que poseía Arnold.

"Este acercóse a la dama enmascarada y, juntando los dos pedazos del naipe, leyó:

*Noche de alegría,  
Noche de amistad.*

*Nos veremos en  
el baile*

"Sonriente, comentó, mirando la blanca careta de la desconocida:

"—Mascarita, has hallado un medio original para acercar a dos corazones.

"La misteriosa mujer sonrió a su vez bajo la máscara, y abandonándose en los brazos de Arnold, se perdieron en la vorágine de la fiesta.

"Al baile asistían los Palmer y varios amigos.

"Cooper llegó con retraso, y preguntó a uno de sus amigos:

"—¿Ha visto usted a Diana... o a Arnold?

"—No, pero, sin duda, ninguno de los dos ha dejado de venir.

"Arnold y su pareja ocuparon un comedor reservado, donde él suplicó a ella que se descubriese, consiguiéndolo tras muchos ruegos, y por el grito de júbilo que dió podía deducirse que recibía una sorpresa inesperada.

"Cenaron como dos perfectos enamorados, lamentándose ambos de que aquella noche tuviera fin, y cuando, a instancias de la mujer, Arnold se dispuso a reintegrarse, con ella, que se cubrió de nuevo el rostro, al baile, ocurrió algo insólito, terrible... ¡Al abrir la puerta cayó dentro del reservado un hombre, con un puñal clavado en la espalda. ¡Era Cooper!

"¿Quién le había asesinado?

"¡Su cómplice! ¡El hombre que juró vengarse al ser vilmente arrojado de su casa, donde fué a reclamar lo que era suyo!

"El suceso acaeció del siguiente modo: el cómplice siguió a Cooper al baile, y buscando la ocasión de matarle impunemente, la halló al verle

apostado junto a la puerta del reservado ocupado por Arnold y la mujer que él creía era Diana. Cooper obtuvo del camarero, gracias a una buena propina, la indicación del comedor que Arnold se había hecho reservar, y se disponía a entrar en él, cuando recibió la puñalada que acabó con su vida.

"El citado camarero pasó frente al reservado en cuestión, y al ver a un hombre caído, observó con recelo, y al cerrar Arnold bruscamente la puerta, vió confirmada su sospecha de que se trataba de un crimen. Avisó a la policía, y cuando ésta presentóse en el reservado, la máscara había huído, hallándose tan sólo en él Arnold, de pie ante el asesinado.

"Arnold fué detenido, y Marshall, convencido de la culpabilidad de aquél, tuvo la satisfacción de encargarse de la acusación en el proceso.

"Florencia suplicó a su esposo que tuviera clemencia para Arnold, creyendo a éste inocente del crimen que se le imputaba, pero Marshall procedió de acuerdo con su conciencia.

"Siguió el proceso, y la dama enmascarada, pendiente de su resultado, permanecía en el mayor de los misterios... hasta que, viendo el cariz que tomaba el asunto, presentóse a declarar."

\* \* \*

El juez manifestó a la Sala:

—Para interrogar en privado a la inesperada testigo, suspendo por breves momentos el juicio.

Y, una vez en su despacho, dijo a la testigo, que quitóse la máscara:

—Hable sin temor, señora, si su testimonio ha de salvar la vida de un inocente.

La testigo no titubeó y refirió punto por punto la verdad de lo ocurrido en el comedor reservado, ignorando quién mató a Cooper, pero afirmando rotundamente que Arnold no tenía la menor responsabilidad en aquella muerte.

El juez vió claro en la tragedia, y ordenó a un ujier, cuando la dama volvió a cubrirse el rostro con la máscara blanca:

—Haga entrar a los señores Marshall y Palmer...

Estos aparecieron al momento, y dijo el juez al fiscal:

—Las declaraciones de esta dama han puesto de manifiesto la inocencia del procesado, y suplico a usted retire la acusación.

—No haré tal cosa, señor juez—replicó, enérgico, Marshall.

—Tenga usted en cuenta que esta dama está dispuesta a salvar al procesado a costa de su reputación.

—Si ella es la mujer que estaba con Arnold en el reservado donde se cometió el crimen, no

debe temer ya por su honor...

—Entonces...

—Pido que se cumpla la ley y que la testigo se quite la máscara y declare públicamente...

—Puesto que así lo desea, procederemos con toda rigidez... Señora, en sus manos está la vida del acusado.

La dama misteriosa vaciló, pero, dándose ánimo al pensar en la absolución de Arnold, quitóse lentamente la careta... y apareció el rostro de...

Marshall ahogó un grito de dolor y Palmer quedó perplejo.

¡Era Florencia!

La infeliz lloraba y miraba fijamente a su marido.

El juez dejó caer estas palabras:

—¿Insiste usted, señor fiscal, en que la testigo declare públicamente, para obtener el mismo resultado que con su declaración privada, o sea, la salvación del procesado?

Marshall curvó su cabeza sobre su pecho y cedió al ruego del juez, retirando la acusación.

El juez y Palmer se alejaron; y, solos los esposos, Florencia, sollozando, dijo a su marido:

—Tu tiranía me colocó al borde del abismo, Jaime; pero puedo aún mirarte sin rubor a los ojos... No tratste de comprenderme... Acostumbrado a encerrar a pájaros y a criminales, no tuviste en cuenta que tu esposa no merecía vivir en el olvido...

Marshall meditó sobre su anterior conducta y reprochóse su extremada severidad... Sí, la felicidad conyugal se basa en la confianza mutua...

\* \* \*

Arnold fué rehabilitado y llegó el momento, para Florencia, de decidir su suerte.

Su esposo le abrió las puertas del hogar, para que ella volase sin trabas hacia la libertad, como los pájaros que él tuvo prisioneros hasta entonces.

Arnold esperaba a Florencia frente a su hogar, y todo hacía suponer que ella se uniría a él para ir, juntos, en pos de la dicha; pero Marshall aparecía tan afligido por las consecuencias de su absurdo comportamiento anterior, que Florencia, brotando en ella con más fuerza que nunca el amor que la llevó al altar con él, retrocedió y se estrechó entre sus brazos, perdonando y solicitando perdón.

Y Arnold se alejó, prometiéndose no volver a turbar jamás la felicidad de la mujer a la que nunca supo amar de verdad...

FIN